

HABLAR DEL P. ALBERTO HURTADO

FERNANDO VERDUGO, S. J.

Habitualmente hablan o escriben sobre el P. Hurtado personas que lo conocieron y convivieron con él. En esta reflexión, el autor, jesuita de una generación que no lo conoció personalmente quiere explicar lo que lo llevó a interesarse por conocer en profundidad al P. Hurtado y por difundir su pensamiento y su obra.

En torno a la fecha de beatificación del P. Alberto Hurtado, al igual que a muchos jesuitas, se me pidió que hablara de ese extraordinario hombre de fe. De paso caí en la cuenta de que muchas veces había oído hablar de él, había conversado con otros acerca de él, pero muy pocas veces había enfrentado la tarea de dar testimonio de su persona, de la vivencia de su fe, de su acción creyente y de su

pensamiento, del impacto que provocó y sigue provocando en la Iglesia y sociedad chilenas y más allá de estas fronteras. En esa ocasión me hice también ciertas preguntas acerca de mi relación con el P. Hurtado. ¿Por qué en mis casi veinte años de jesuita había hablado tan poco o casi nada del P. Hurtado, salvo para mencionarlo como ejemplo de buen cristiano, sin ahondar en su persona, obra y mensaje? ¿Por qué, a pesar de haber demostrado cier-

to desinterés por su figura, ha ido creciendo en mí, y en mucha gente, el deseo de conocerlo más en profundidad? En fin, ¿por qué me siento hoy más motivado para hablar del P. Hurtado y difundir su pensamiento y su obra? Creo que compartir, en estas líneas, las respuestas que hallé a esas preguntas, sirve para captar que la fuerza que dimana ese santo sigue siendo capaz de vencer múltiples obstáculos y demostrar su vigencia.

**¿POR QUÉ HABÍA
HABLADO TAN POCO
DEL P. HURTADO?**

En primer lugar, porque en Chile normalmente se pedía que lo hiciera gente que había conocido personalmente al P. Alberto Hurtado. Me refiero a *compañeros y amigos suyos* desde la infancia, como Mons. Manuel Larraín, el P. Alvaro Lavín y otros que han fallecido no hace mucho tiempo. O se les pedía que hablaran a *alumnos y dirigidos suyos*, tanto del colegio San Ignacio como de la Universidad Católica donde él enseñó; o *jóvenes* con los que tuvo contacto en la Acción Católica juvenil, de la cual fue asesor nacional; *trabajadores* que se formaron en la Asociación Sindical Chilena (ASICH) fundada por el P. Hurtado; a *laicos* en general, hombres y mujeres a quienes predicó retiros, acompañó espiritualmente, y entre los cuales muchos ayudaron a fundar y a sacar adelante el Hogar de Cristo;

niños pobres de entonces, que el padre recogió de debajo de los puentes de la ciudad y de otros lugares de miseria, para brindarles un hogar acogedor y digno; *sacerdotes*—sobre todo jesuitas, pero también diocesanos y de otras congregaciones— con quienes él compartió una vocación, a quienes ayudó a discernirla o se sintieron estimulados en ella por su testimonio.

Todos ellos tenían mucho que contar: guardaban o siguen guardando de manera fresca y activa el recuerdo de ese hombre extraordinario que cuestionó sus vidas o que, simplemente, se las rescató de la muerte. Todavía es posible encontrarse con mucha gente que dice: “Yo conocí al Padre Hurtado”, “yo le debo mi vocación al Padre Hurtado”, “yo salía por las noches a recoger niños



LA EFICACIA DE SUS OBRAS TIENE QUE TENER
UNA EXPLICACIÓN EN LO QUE SUCEDIÓ
ENTRE DIOS Y ÉL.

con el Padre Hurtado”, etc. Ciertamente esa gente tenía o tiene más que decir que yo, que no lo conocí personalmente. El murió algunos años antes de que yo naciera.

Es algo sorprendente encontrarse con personas que pueden decir que han conocido a un santo, es decir, a alguien que haya seguido a Jesús con radicalidad y de manera ejemplar, en su propio tiempo y contexto. Confieso que ese recuerdo imborrable en las personas marcadas por el P. Hurtado siempre me ha llamado la atención.

La segunda razón para no haber hablado antes del P. Alberto Hurtado podría deberse a que yo haya estado influido por una generación que, en determinado momento, no buscaba en el pasado inspiración para provocar los

cambios que la sociedad urgentemente requería. Más bien el pasado era objeto de crítica. Era corriente, por ejemplo, que a finales de los 60 y parte de la década de los 70 se cuestionase la existencia de obras de beneficencia. Éstas, y los que las promovían, ¿no serían acaso responsables de que la sociedad se mantuviese como estaba, ayudando a ocultar las injusticias que debían combatirse con cambios estructurales? Había que partir de cero, había que cambiarlo todo... De alguna manera la figura del Padre Hurtado se vio atrapada en luchas ideológicas: atacada por unos, raptada por otros. Han sido necesarios ciertos cambios en nuestra manera de entender y valorar la realidad para acoger nuevamente el don que significa su persona y su testimonio para la Iglesia y sociedad chilenas.

**¿POR QUÉ HA
DESPERTADO EL INTERÉS
POR CONOCERLO?**

Además del cambio cultural que acabo de mencionar—es decir, de la transformación producida en la manera socialmente compartida que tenemos los chilenos de interpretar y valorar la realidad social—, hay otras razones por las que, en mí y en mucha gente, ha ido creciendo el interés por conocer más la persona del Padre Hurtado.

En primer lugar, creo que se debe al tesón que han demostrado quienes lo conocieron, insistiendo a tiempo y a destiempo en presentarlo como cristiano ejemplar, como alguien que tiene algo que decir también a la Iglesia y a la sociedad del presente. Esto es algo que se debe reconocer y, sobre todo, agradecer. Tal vez algunos de los que lo conocieron se conformaron con un hermoso recuerdo del pasado, pero muchos fueron los que han luchado

